

hallaba vivo y visible á través de estos milagros. Igualmente, antes de ejecutar alguno, quería que las energías divinas que hay en las almas se despertasen y se uniesen á Él. *¿Creéis?* les decía. O bien: *¿Quieres ser salvo?* Y también: *¡Oh! si pudierais creer!* Solamente obraba cuando el alma enferma había intentado siquiera volverse al médico.

Mas, al obrar así, y en este ministerio augusto, ¿quién podrá referir la discreción de este sér para quien todas las almas eran transparentes? ¿Qué encantadora reserva! ¿qué delicadeza para no humillar á aquél cuyas llagas veía, sobre todo para no darlo á conocer á los que le rodeaban! ¿Qué medias palabras para iluminar al enfermo, sin revelar á nadie nada acerca de su estado: *¡Véte en paz, no vuelvas á pecar! ... ¡Muchos pecados se te han perdonado, porque has amado mucho!* Y otras mil frases en que se ve la mas encantadora discreción, y la más divina delicadeza! Del propio modo no podía dar un paso sin verse rodeado de todos los que habían tenido parte en sus bondades; de los enfermos á quienes había curado; de los leprosos á quienes había limpiado; de los poseosos á quienes había libertado del poder del demonio, y de una multitud de pecadores y pecadoras, á quienes, mediante un poder que no les humillaba, había salvado del vicio y de la degradación.

Al ver cómo entonces sucedían las cosas y al pensar en las preocupaciones de nuestros incrédulos modernos, en esas comisiones de físicos, de químicos, de médicos que exigen para demostrar los milagros¹, no puede uno menos de reírse como si se tratase de un ciego que discurriese acerca de la luz. No es el milagro lo que más encantaba á las multitudes; era el modo de hacerlos. "Aquél cuyo poder y grandeza aparecían con tanta brillantez en sus milagros hizo de ellos tan modesto uso y pareció darle tan escaso valor; vivió entre los hombres como si hubiera sido uno de tantos; les mandó que se amasen mutuamente y soportasen con imperturbable paciencia los asaltos de la calumnia; cuanto más sus enemigos se encarnizaban contra Él, tanto más permitiese en silencio sus ataques; que, en fin, los hombres le viesesen preso, torturado, entregado á la muerte, y negándose constantemente á usar en favor suyo del poder que no creía haber recibido más que para bien de los demás: esta mezcla de grandeza y de sacrificio, este supremo poder contenido por una voluntad suprema, esta inexplicable é involuntaria condescendencia, es lo que le ganaba los corazones y lo que fundó su imperio."²

¹ Véanse, acerca de este asunto, las Conferencias del P. Félix: "La Crítica y los Milagros de Jesucristo," etc.—(N. del T.)

² *Ecce Homo*, id., ibid.

Para eso no se requería una comisión de fisiólogos y de físicos. Jamás nada semejante se había presentado en el mundo. Nunca los hombres habían sospechado un personaje tan grande. "Le vieron sintiendo hambre, aunque le creyesen capaz de convertir en pan las piedras; vieron despreciadas sus reales pretensiones, por más de que, á su juicio, pudiera en un momento perder á todos los reinos de la tierra y su gloria; vieron en peligro su vida; viéronle expirar en medie de la más cruel agonía, aunque tuvieran conocimiento de que, si Él lo hubiera querido, ningún peligro habría podido alcanzarle, y que si se hubiese precipitado desde lo alto del templo, los ángeles le habrían recibido dulcemente en sus brazos. Testigos de sus sufrimientos, y persuadidos, á causa de los milagros que presenciaban, de que voluntariamente los endurecía, los corazones de los hombres se hallaban impresionados; la compasión hacia su debilidad se unía de extraño modo á la admiración de su poder sin límites; un movimiento de gratitud, de simpatía y de sorpresa que ninguna otra causa se hubiera podido despertar, se apoderaba de las almas; y cuando, relacionando los actos del Cristo con sus palabras, veían sus discípulos que el mismo desinterés que precidía á su vida era el principio que prescribía Él á la suya, su gratitud se manifestaba en gozosa obediencia, el desinterés engen-

draba el desinterés, y la ley, lo mismo que el legislador, veíanse grabados en los corazones mediante una misma é inseparable veneración." ¹.

IV

Estas últimas palabras nos llevan á considerar un nuevo rasgo, quizá el más hermoso, de la fisonomía de Jesucristo. Quiero decir, su santidad perfecta, la perfección inmaculada y soberana de su vida en medio de un mundo lleno de pecados y de manchas. Hemos contemplado ya su entendimiento, su corazón, su voluntad, sus actos; demos un paso más. Contemplemos su conciencia.

Habiéndola contemplado Pascal, se sintió presa de una especie de deslumbramiento, y su mano conmovida lanzó sobre el papel estas palabras que ofrecen sublime desorden: "Jesucristo fué dulce, paciente, santo, santo, santo á los ojos de Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh! con qué gran pompa y prodigiosa magnificencia se ofrece á los ojos del corazón y de aquellos que ven la sabiduría."

Hé ahí efectivamente, el rasgo divino, y cuanto hasta ese momento hemos estudiado palidece ante la santidad de Jesucristo.

¹ *Ecce Homo*, id., *ibid.*

Pero lo que más me llama la atención en esa santidad única, no es la maravillosa eflorescencia de todas las virtudes, alcanzando cada una de ellas, su ideal en armonioso conjunto, No: es algo más delicado, más humano lo que en Él busco y no lo encuentro. Busco allí el pesar del pecado, el triste recuerdo de pasadas faltas, é igualmente las santas lágrimas del arrepentimiento, las firmes resoluciones de obrar mejor; todo ese lado divino del alma y de la conciencia humana, Hé ahí lo que busco y no lo encuentro.

¡Cosa extraña! Encuentro en Él las más elevadas cimas de la santidad, y no encuentro la base. ¿Qué significa esto, y quién me explicará este misterio?

San Juan decía que "aquél que se cree sin pecado es víctima de la más grosera ilusión." San Pablo se llamaba "el primero de los pecadores, un hombre vendido al pecado y en quien no se hallaba bien alguno." M. de Maistre decía: "No sé lo que es el corazón de un malvado; sólo conozco el de un hombre honrado: es espantoso." Así se explican todas las conciencias sanas. Imagínese un santo, aun el mayor de todos, y pónganse en sus labios estas palabras: "Soy santo, en mí no hay pecado!" Al punto cae de su pedestal, y la conciencia, indignada, se vuelve contra él y le arranca su corona. Es honor del hombre el no realizar el sueño de la

santidad como no realizar los demás sueños; el de tenerse impotente ante el ideal del bien como ante el ideal de lo bello; y en el momento en que estampa sobre el lienzo una obra maestra, como en el momento en que su noble corazón, rompiéndose, produce una virtud, el indignarse contra sí mismo y exclamar llorando: "Jamás llegaré ahí".

Hé aquí sin embargo, una excepción. Hay un hombre que dijo cierto día: "Soy santo;" un hombre que dijo: "¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?" Hay un hombre, el más humilde, más puro, más clarovente de todos, que dijo: "Sed santos como yo soy santo;" sin que esa extraña afirmación, veinte veces repetida, haya quitado nada á la auréola que rodea su frente. Y no sólo no se podría, en toda su vida, sorprender un solo momento de vacilación en la afirmación serena de su perfección absoluta, sino que este hombre, que por donde quiera aparece con el más vivo sentimiento de la culpa, que ansía el arrepentimiento de toda la humanidad; que pasa su vida clamando en las plazas públicas: "Convertidos, haced penitencia;" que, tocando á los ojos de los ciegos, á los miembros de los paralíticos, parece no conmoverse más que por sus pecados; *Id en paz, vuestros pecados os son perdonados... Id, no volváis á pecar!*: este hombre, digo, no deja nunca traslucir la más leve malicia de que pueda necesitar perdón para

sí mismo. Jamás golpea su pecho; jamás derrama una sola lágrima de arrepentimiento, ni en el huerto de las Olivas, ni en el Gólgota; jamás se duele de uno solo de sus pensamientos, ni de una sola de sus acciones. Dice á sus discípulos: "*Vosotros*, cuando oréis, habréis, de decir: "Padre Nuestro, que estas en los cielos, perdónanos nuestras deudas." Jamás ruega Él de esa manera. Finalmente, hombre como nosotros, obrando como hombre, viviendo, sufriendo, muriendo como hombre; más diré, tentado como hombre, rodeado de culpas, teniéndolas el más vivo horror, ansioso de la salvación de toda la humanidad, en ninguna parte se le ve ocupado de su propia salvación. Posee una conciencia virgen, inmaculada, dotada de una serenidad y de una paz sublimes, en la cual no se halla ni un pesar, ni un remordimiento, ni un temor; y la pura respiración de su pecho, la inefable luz de su mirada, la tranquilidad divina de su alma murmuran sin cesar: "Santo, santo, santo, inocente, separado de los pecadores."

Esta convicción que Jesucristo tenía de la pureza perfecta de su alma, la tienen igualmente todos sus contemporáneos, aun los que más de cerca se le aproximan. ¡Qué digo! cuanto mayor es la familiaridad en que viven con él, más prosternados se nos ofrecen en una admiración sin igual. La perfección de su Maestro les impresiona, desde el primer día, con una persua-

ción instantánea y que no deja de ir en aumento. Se hallan á sus pies, y arrastran allí consigo al mundo. No que, como hemos advertido, se deshagan en alabanzas, en gritos de admiración acerca de sus virtudes; ni aun piensan en eso. Refieren humilde, sencillamente, sin frases, sin comentarios, lo que han visto. Mas lo que han visto es tal, que cuando se lee el Evangelio, las palabras de Pascal, en su penetrante emoción, suben al corazón involuntariamente: "Jesucristo fué humilde, paciente, santo, santo, santo á los ojos de Dios, sin pecado alguno."

Es la impresión que sus mismos enemigos experimentaban. Comprendiendo, con este instinto superior del odio, que ninguna falta es compatible con el ministerio que Él se atribuye, pasan el tiempo espíándole y tendiéndole lazos. Como viajero retrasado en noche de invierno, se ve seguido por manada de lobos; si da un paso en falso, está perdido. De este modo Jesús cruzó la vida, rodeado por los fariseos que tratan de arrancarle una frase, un acto imperfecto ó culpable, y la prueba de que no lo consiguen, está en que acaban por la violencia. En cuanto á Él, siempre puro y amable, siempre tranquilo, resplandeciente de paz interior, sólo contesta á sus emboscadas con esta frase adornada de tan real santidad: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" Nadie lo había di-

cho antes de Él, y nadie se atrevió á repetirlo después.

Y este reto no lo dirige tan sólo á sus enemigos de Jerusalén; lo dirige á la humanidad de todos los tiempos y de todos los siglos. Sobre esta frase asienta su Iglesia. Ahí está su base granítica. Tiene por piedra angular el diamante de la pureza inmaculada de Jesús. Supóngase, efectivamente, que se llegase á descubrir una impostura en la vida de Jesucristo; una caída; ¡qué digo! una de esas faltas que á millares se encuentran en esta vida: tendríamos la Iglesia destruida. De esta majestuosa fábrica de la cual han brotado, al calor de la virtud de Jesucristo, tantas virtudes, nada quedaría. Hecho único, que levanta á Jesucristo hasta una altura inconmensurable por encima de los más grandes hombres de este mundo. Porque ¿cuál de ellos se vió sin pecado? ¿Cuál ofreció su pureza inmaculada como base para una obra que cuenta dieciocho siglos? ¿Quién ha identificado de tal manera su vida con la belleza moral, que alejarse de ella es alejarse del bien, y el copiarla es alcanzarlo? En este concepto, Jesucristo no tiene parecido ni rival. Es único, y, por sólo el hecho de su pureza inmaculada, se nos ofrece, entre los demás hombres, como en sublime soledad.

¿Hay necesidad de añadir ahora que la santidad de Jesús no es puramente negativa? Lo

que la caracteriza, no es tan sólo la ausencia de todo pecado; es el brote de todas las virtudes. Todas se hallan en Él, y cada una de ellas alcanza su desarrollo total, llena su ideal por entero, es tan perfecta en flores, frutos y aromas, que todo el esfuerzo de las grandes almas consistirá en seguir de lejos esa marcha, ese progreso, sin alcanzar jamás á él. Y aun cuando cada virtud se halle en Él en su pleno y absoluto desarrollo, no daña á la virtud contraria; la llama. De suerte que en Jesucristo no se ve nunca una sola virtud á la vez: vense siempre dos, enteramente opuestas, tan hermosa la una como la otra, de lo cual resultan los contrastes más inesperados, que acaban por resolverse, como hemos visto, en las cualidades de su mente y de su corazón, en una perfecta armonía. ¿Quién, por ejemplo, fué más austero que Jesucristo? Y, no obstante, ¿quién fué más tierno? ¿Quién le aventaja en el sentimiento de su gloria interior? Y sin embargo, ¿quién fué más humilde? "Esta unión del espíritu de humildad, en su forma más profunda y más delicada, con la conciencia de una gloria incomparable y divina, decía Channing, es el sello distintivo más maravilloso de este maravilloso carácter."¹ Ahora mismo admirá-bamos en Él al inocente, al inmaculado; ¿en dónde hallar, sin embargo, un penitente más aus-

¹ *Discours sur le caractère du Christ.*

tero? ¿Quién como Él ha conocido la miseria humana? ¿y quién alguna vez amó más al hombre? ¿quién le despreció menos? ¿quién esperó de él más? "El cuanto á mí, dice M. Guizot, nada me admira más, en los Evangelios, que aquel doble carácter de severidad y de amor, de austera pureza y de tierna simpatía que aparece y vive constantemente en los actos y palabras de Jesucristo."¹

Finalmente, tórnense todas las virtudes, las bellezas de alma más opuestas y más contradictorias al parecer. Cítese una y se verá brotar la otra; y en tanto que uno se pregunta cuál es la más hermosa, se las verá fundirse en tan perfecta proporción, en tan pura armonía, que quedaríamos encantados.

Todo eso sin que se vea esfuerzo ni vacío. No hay en Él esos momentos en los cuales vuelve á encontrarse el hombre; tampoco esos instantes en los cuales el hombre se hace superior á sí mismo mediante honroso esfuerzo, pero que no es durable. Sube sin trabajo á la cumbre de las más elevadas virtudes. O, más bien, no sube, está allí, con perfecta naturalidad, con singular sencillez. Digo singular, porque esa naturalidad y esa sencillez forman su verdadera originalidad. Juan Bautista seguramente es una de las más grandes almas que se han visto.

¹ GUIZOT, *Méditations sur l'essence de la Religion chrétienne*; 1864, p. 274.

Párase uno lleno de emoción ante ese gigante de la penitencia. Mas nada original hay en él. Es continuador del tipo profético; se parece á Elías, á Eliseo; su santidad es del mismo orden. Jesucristo es enteramente otro. Allí, nada de piel de una bestia rodeando los riñones, nada de miel silvestre, ni austeridades que amedrenten. Todo es sencillo, llano, común; pero, si bien se mira, se advertirá una virtud que sobrepaja á todo, jugueteando; un fondo intenso de humildad, de desprendimiento, de penitencia, de desprecio del mundo, de caridad con los hombres, de unión con Dios, que no parece casi nada al primer golpe de vista, pero que en seguida desespera á los que intentan acercársele. Es en el orden de las virtudes, lo que son, en la esfera del pensamiento, aquella sencillez, aquel buen gusto, aquella flor de belleza, aquella sobriedad exquisita que se advierte en los más grandes genios de la Grecia. Creese que no hay más que cortar la pluma para escribir como ellos, y al momento se sabe, arrojándola con enfado, lo que cuesta alcanzar esa naturalidad.

Además, como el dolor es la piedra de toque de la perfección, éste no se le ha negado. Todas las pruebas van sobre Él para hacer brillar todas las virtudes. Había dicho: *¡Bienaventurados los pobres!* y hé ahí que se le expone desnudo en una cruz, sin lograr que se altere la

serenidad de su rostro. Había dicho: *¡Bienaventurados los mansos!* y se le ata á una columna, se ve inhumanamente flagelado, abofeteado, insultado, sin que de Él se logre una queja. Había dicho: *¡Bienaventurados los misericordiosos!* y cuando Judas le entregó con un beso, cuando Pedro le niega, cuando los verdugos le escupen en el rostro, no tiene más que una frase, una mirada, un ruego, las palabras del perdón y del amor. Había dicho: *¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia!* y después de haberlo dado todo al mundo: su entendimiento, su corazón, su vida, recibiendo en cambio el suplicio y la infamia de la cruz, siente el estremecimiento de la dicha. ¡Ah! es una hermosura, cuando se practica el bien en este pobre mundo, el no pedir la recompensa. Doblamos la rodilla ante los que de sí mismos se olvidan sacrificándose, y ante los que, más dichosos aún, se ven olvidados por aquellos á quienes más amaron. Mas verse odiado por ellos, por ellos perseguido; hacer el mayor bien posible; dar á los hombres la propia vida por entero, la más pura, la más elevada de todas; no recibir por ello recompensa; no recoger sino la ingratitud; sucumbir bajo el peso de los beneficios hechos, sentirse por ello dichoso; jamás se vió nada tan grande en el mundo. Sí, veo la divinidad de Jesucristo. Le contemplo en la cruz, habiendo obrado el bien, merced al

impulso del amor más puro que jamás se vió, habiéndolo hecho al precio de los mayores sufrimientos, y pagado con la ingratitud; y digo que ahí está la cumbre sublime de la belleza moral y de la virtud. ¿Qué es la muerte de Sócrates comparada con ésta? ¿Qué vale el ideal del justo, que padece, de Platón, comparado con esta realidad? ¡Comprendo perfectamente la frase de Rousseau: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios!"

Cuando conmovido por una virtud tan elevada, tan constante, tan sostenida en la vida y en la muerte, tan sencilla al mismo tiempo y tan natural, y en una palabra, tan perfecta, inquiere cuál era su causa; cuando, después de haber seguido el curso de ese hermoso río, trato de remontar hasta su fuente, y, para comprender al hombre exterior que me asombra, de penetrar hasta el hombre interior, ¿sabéis lo que encuentro? Diríase que hay en Él, en lo más íntimo de su alma, no sé que huésped invisible que no le abandona. *Jamás me deja solo*, dice, hablando de Él. En tanto que los hombres imponen silencio, para recoger sus palabras, Él también lo impone; mas es para escucharlo. Habla con Él como un confidente. Contempla su faz, para todos invisible, menos para Él mismo. Es un trato íntimo con otro; hasta el punto de que en los momentos solemnes, como un hom-

bre que pensase en alta voz, deja escapar frases que no son sino fragmentos desprendidos del misterioso coloquio que se continúa interiormente. *Bien sabía Yo*, decía Él en la tumba de Lázaro, *que Tú me oyes siempre*. Y en el huerto de las Olivas: *¡Si fuera posible que este cáliz se apartase de Mí! No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y en la cruz: *¿Por qué me has abandonado?* Diríase que hay otro Él mismo sobre Él, y sin embargo, su igual, á quien adora en silencio, á quien ama sobre todo lo demás, del cual es amado, y con el cual vive en aquella tierna unidad de la cual dijo: *Él y Yo no somos más que uno*.

Además, no hace misterio de esta intimidad interior. Es inagotable cuando intenta hacer conocer á sus discípulos la inefable relación que le une con Aquél invisible más vivo, más presente, más familiar, más visible para Él que el más tierno de sus Apóstoles: *Mi Padre*, así es como le llama, *me ama..... Como mi Padre me conoce, así conozco Yo á mi Padre..... Las palabras que os digo, no las digo de Mí mismo; las he aprendido de mi Padre..... Mi alimento consiste en hacer la voluntad de mi Padre..... Yo y mi Padre no somos más que uno*; y una porción de palabras semejantes que en seguida veremos.

Mas, ¿cuál es, pues, esa relación que existe entre Él y su Padre, esa plena y perpetua morada de Dios en Él? ¿No es más que la relación

que nosotros mismos tenemos con Dios, relación más elevada ciertamente, pero semejante? ¿Es otra cosa? ¿Quién nos lo dirá? ¿Quién lo sabe, sino Él? Vamos, como podemos, de lo exterior á lo interior; sospechamos, entrevemos; pero, al llegar á cierto límite, la mirada expira. Si Dios esta allí, que lo diga. ¡Hemos penetrado hasta el tabernáculo! ¡Oh, Dios, abridlo! ¡Decid si estáis en él! ¡Oh, Jesús! ¿no sois más que un santo, un justo, un hombre más tierno, más profundamente unido con Dios? ¿Hay otra cosa? ¿Hay más? Hablad, hablad. Ya es tiempo, y nuestros corazones, preparados para oíros, responderán á vuestras palabras con el silencio de la adoración y con el gozoso ímpetu del amor.

V

Era ya singular y sorprendente revelación de su verdadera naturaleza aquel gran nombre de *Hijo del hombre*, del cual hablábamos poco antes, que Jesús usaba sin cesar, y que se encuentra más de ochenta veces en los Evangelios. Porque ¿de dónde le habría podido venir aquella singularidad sublime de no ser únicamente un hijo del hombre, como todos los descendientes de Adán, sino de ser *el Hijo del hombre*, el hombre perfecto, en quien se cumple, y sólo por esta vez, el ideal humano? ¿Cómo sólo Él ha realizado cuanto encierra la idea del hombre?

Y ¿cómo se cree Él y se llama, á causa de eso, la cabeza de la humanidad, la cual sólo Él puede levantar, curar, iluminar, á condición de que á Él se una? “El Padre le dió todo poder, porque es *el Hijo del hombre*.”¹ “*El Hijo del hombre* vino á buscar y á salvar lo que había perecido.”² “Si no coméis la carne *del Hijo del hombre*, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.”³ “Que aquél que quiera ser el mayor sea vuestro servidor, pues *el Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida en rescate de muchos.”⁴

Todos estos textos y otros muchos, que expresan unos su elevación sobrehumana por encima del nivel universal, otros su interesante condescendencia y su voluntario abatimiento para llegar hasta nuestra raza caída, forman, á nuestro ver, el frontispicio y como el pórtico brillante de su divinidad.

Pero si se decía *Hijo del hombre*, se decía, más claramente aún, *Hijo de Dios*, su Hijo único, engendrado del Padre antes de todos los siglos, bajado del cielo, y único capaz de volver á Él y de hacer ir con Él al género humano.

HIJO DE DIOS, es el nombre que todos murmuran en torno de Él, sin despertar en esta al-

1 JOAN, V, 27.

2 MATTH, XVIII, II.

3 JOAN, VI, 53.

4 MATTH., XX, 27.

ma tan humilde el menor asombro ni la menor resistencia. Pedro cae de rodillas y le dice: “Tú eres Cristo, *Hijo de Dios vivo*.”¹ Marta: “Sí, Señor, creo que eres el Cristo, *Hijo de Dios vivo*, que has venido á este mundo.”² Tomás, después de haber tocado las llagas de sus pies y de sus manos: “Tú eres mi Señor y *mi Dios*.”³ Y todos los apóstoles, cuando hubo calmado la tempestad: “Verdaderamente eres *el Hijo de Dios*.”⁴

¿Qué responde Jesucristo á todo eso? ¿Por ventura se asombra? ¿Acaso se extremece dolorido é indignado, al ver que se da á la criatura el nombre sagrado é incommunicable de Dios? Tres años más tarde, cuando los pueblos, conmovidos por la doctrina y milagros de Pedro y de Bernabé, se arrojan á sus pies para adorarles, Pedro se indigna, Bernabé rasga sus vestidos, y del honrado corazón de los dos Apóstoles brota una exclamación: “Hermanos míos: ¿qué hacéis? nosotros no somos más que hombres.” Recordemos también las delicadas precauciones tomadas por Juan Bautista para no engañar al pueblo. Dice sin cesar: “No soy el Cristo: no soy Aquél á quien esperáis.” ¿Y quién ignora la cólera de Moisés, y su noble

1 MATTH., XVI, 13-17.

2 JOAN, XI, 27.

3 ID., XX, 28.

4 MATTH., XIV, 25.

indignación, y el cuidado de ocultar su sepultura, para no arrebatarse á Dios la gloria que le pertenece? Aquí nada hay parecido. Todos le llaman Dios. Y este Sér, tan puro y tan humilde, tan santo, tan perspicaz, se deja tranquilamente llamar *Hijo de Dios* y adorar como tal.

Y no solamente acepta este título, sino que felicita, aclama y recompensa á quienes se lo dan. “Bienaventurado eres, dice á Simón, luego que confiesa la divinidad del Cristo; porque no es la carne, ni la sangre, es decir, la preocupación, la ignorancia y las pasiones, quienes ponen esta confesión en tus labios, sino mi Padre que está en el cielo. Y por eso te digo: Que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”¹

Jesucristo hace todavía más que aceptar ese título y felicitar á quienes se lo dan; Él mismo lo toma, provoca á aquéllos á quienes quiere salvar ó curar á que se lo den. Dice al ciego de nacimiento: “¿Crees en el Hijo de Dios?” Y el ciego, levantando hacia Él sus ojos recién abiertos, contesta: “¿Quién es, para creer yo en él?” Y Jesús replica: “TU LO HAS VISTO, Y EL QUE TE HABLA, ÉL ES.” *Vidiste cum, et qui loquitur tecum ipse est.* Y entonces el ciego se prosterna y le adora. *Et prociens adoravit eum.*²

1. MATTH., XVI, 13-17

2. JOAN, IX, 35-41.

¿Qué más se quiere? Si Jesucristo no es Dios, ¿no hay en eso una provocación al crimen?

Y para que no se pensase que aquel nombre de Hijo, no solamente lo tiene como nosotros, que somos hijos de Dios por adopción, ó á la manera de esos grandes hombres á quienes se llama divinos, se presenta claramente como *Unigénito* de Dios. Dice á Nicodemo: “Tanto amó Dios al mundo, que le dió su UNIGÉNITO, *ut Filium suum unigénitum daret*, el Unigénito por naturaleza, *unigénitum a Patre*, el Hijo que está en el seno del Padre, *qui est in sinu Patris.*”¹

Y lo que dijo á Nicodemo en el secreto de una conversación íntima, lo hizo tema ordinario de sus predicaciones en Jerusalén. Afirma su filiación divina, absoluta y eterna, su unidad de esencia con el Padre, en tales términos, que á cada instante los judíos se estremecen, se sublevan, se tapan los oídos, cogen piedras para apedrearle. Y cuando Jesús les dice: “Ante vosotros hice varias obras buenas; ¿por cuál me apedreáis?” saben muy bien contestar: “No es por ninguna buena obra, sino por tu blasfemia, pues que siendo hombre, te haces Dios.”²

Le llevan ante los tribunales, y ni ruegos, ni amenazas, ni súplicas por parte de las almas conturbadas, ni la perspectiva del último su-

1 ID., III, 16.

2 ID., X, 24-37.